

ACERCA DEL ABORTO

Antonio García Ninet

Doctor en Filosofía

Los dirigentes de la Iglesia Católica condenan el aborto a pesar de que en el Antiguo Testamento son muchos los momentos en que Yahvé no duda en ordenar la muerte de mujeres, de niños e incluso de mujeres embarazadas, a pesar de que la unión de dos células no es todavía un ser humano, y a pesar de que, en el caso de que lo fuera, el aborto sería la mejor garantía de que tal ser humano fuera a unirse eternamente con Dios sin poner en riesgo su “eterna salvación” como consecuencia de la posibilidad de morir en pecado mortal, lo cual implicaría su “eterna condenación”.

La reproducción de la vida humana se realiza a partir del momento en que las células sexuales masculina y femenina, espermatozoide y óvulo, se unen formando una sola célula llamada *cigoto*. A partir de dicha unión, el cigoto comienza un proceso de multiplicación y de diferenciación celular de acuerdo con las instrucciones genéticas existentes en él, proceso al final del cual y al cabo de alrededor de nueve meses nacerá un nuevo ser humano.

1. El concepto de *aborto* hace referencia a la interrupción natural o provocada del embarazo antes de concluido el plazo a partir del cual nacería un nuevo ser humano, apto para vivir de manera autónoma aunque con la ayuda de otros seres vivos, como especialmente la de su madre, que le proporcionen alimento y unas condiciones adecuadas para su supervivencia.

En cuanto el aborto puede ser involuntario o voluntario, en relación con este último se ha planteado la cuestión de si es moralmente aceptable y, en el caso de que así se considere, en qué supuestos o hasta qué momento del desarrollo del feto lo sería. Se suele considerar que la respuesta a esta cuestión depende de cuándo se considere que se está ante un *ser humano* y cuándo no, entendiéndose en líneas generales que el aborto voluntario sólo sería moralmente aceptable en el caso en el que el organismo vivo cuyo proceso de desarrollo se interrumpiera no fuera todavía un ser humano, sino sólo una agrupación celular diferente.

2. Moralidad o inmoralidad del aborto.

Entre las perspectivas relacionadas con la licitud o ilicitud, moralidad o inmoralidad del aborto se hará una breve referencia a la *científica* (2.1), pero lo que aquí se va a tratar especialmente de manera crítica es del punto de vista de *los dirigentes de la Iglesia Católica* (2.2).

2.1. Las diversas culturas en los distintos momentos de la historia han mantenido puntos de vista muy diferentes acerca del momento de la gestación en el que puede hablarse de la existencia de un auténtico “ser humano” como resultado de las transformaciones que se producen a partir de la unión de las células sexuales que podrían culminar en el nacimiento de un niño.

En relación con esta cuestión y después de muchos años de discusión infructuosa, todavía en la actualidad sigue habiendo una controversia que lo único que demuestra, si acaso, es lo absurdo de pretender fijar un *momento mágico* en el que se produciría dicha transformación en lugar de aceptar que esa cuestión en el fondo tiene carácter *convencional*, pues, al margen de doctrinas religiosas basadas en creencias dogmáticas, es evidente que entre el momento en que se produce la unión de un espermatozoide y un óvulo, y el momento en que esa unión celular o cigoto alcanza un cierto desarrollo, a partir del cual puede decirse que nos encontramos ante un *ser humano*, existe un tiempo en el que afirmar o negar que nos encontremos ante tal ser humano dependerá del *concepto* que se tenga de ser humano, al margen de que los dirigentes de la Iglesia Católica defiendan ahora –que no siempre– que el simple cigoto ya lo es. Pues, del mismo modo que las células sexuales por separado no constituyen un ser humano, no parece que tenga sentido considerar que su simple unión lo sea –como si de pronto la supuesta divinidad católica hubiera insuflado a dicha unión celular un “alma” espiritual a la que de forma más o menos explícita se refieren cuando hablan de “ser humano”–, ni tampoco que una estructura formada por cuatro, ocho o dieciséis células lo sean. Ese simple hecho demuestra la imposibilidad de señalar un *momento exacto* a partir del cual pueda afirmarse que se está en presencia de tal ser humano. Esto mismo puede comprenderse igualmente si la cuestión se plantease desde una perspectiva simplemente aritmética y alguien pretendiera proclamar de manera categórica: “La unión de x número de células todavía no es un ser humano, pero la de x células + 1 célula ya lo es”. Tal afirmación resultaría al menos desconcertante y arbitraria en cuanto no se diera una explicación acerca del criterio que se había seguido para alcanzar la conclusión correspondiente. En este punto parece que lo único evidente es que antes del comienzo del ciclo de multiplicación celular, el espermatozoide y el óvulo ya existían como formas de vida, y que del mismo modo que nadie diría que esas dos células por separado constituyan un ser humano, por lo mismo no tendría sentido afirmar que inmediatamente después de su unión lo constituyan, aunque estén más cerca de llegar a serlo y aunque a lo largo de un proceso de multiplicación celular haya un momento en el que pueda decirse que ya lo constituyen.

En relación con esta cuestión los científicos han diferenciado diversas fases de desarrollo del *cigoto*, como son las de *pre-embrión*, *embrión*, *feto* y *neonato*, por nombrar sólo las más representativas. El desarrollo natural del cigoto dará lugar en último término al alumbramiento del neonato, y será después del alumbramiento cuando el neonato será *legalmente* reconocido como *persona*. Pero referirse al *momento mágico* antes del cual no hay ser humano y después del cual sí lo hay es simplemente una pérdida de tiempo en cuanto la opinión que se defiende depende de criterios subjetivos o culturales, o simplemente es un punto de vista que tiene carácter *convencional* y, por ello mismo, no admite una solución matemática.

Por lo que se refiere a esta cuestión, la jerarquía católica ha defendido a lo largo de los siglos teorías muy diversas acerca del momento en que, a partir de la unión entre un espermatozoide y un óvulo, puede afirmarse la existencia de vida humana. Así, por ejemplo, el concilio de Vienne, en el año 1312, consideró que este cambio se producía al final del tercer mes después del embarazo, mientras que en 1869 Pío IX consideró que la *vida humana* comenzaba a partir de la formación del cigoto y, en consecuencia, proclamó que el concepto de aborto era aplicable a cualquier momento de la

interrupción del embarazo, pues sería en el momento de la formación del cigoto cuando Dios crearía un *alma inmaterial* para ese minúsculo ser, resultado de la unión de dos únicas células.

Antes de seguir adelante en el análisis de esta cuestión conviene atender al hecho de que esta contradicción de opiniones entre el Concilio de Vienne en el siglo XIV y la doctrina de Pío IX en el siglo XIX, pone en evidencia –una vez más– el carácter absurdo del dogma de la *infallibilidad del papa*: En efecto, si tal dogma fue declarado por un concilio –el Vaticano I en el año 1870, presidido por el papa Pío IX, pero vemos al mismo tiempo que ese mismo papa niega el valor a la doctrina aprobada en otro concilio, como lo fue el de Vienne en el siglo XIV, el problema que tal situación plantea es el siguiente: ¿Cómo puede basarse en un concilio la verdad del dogma de la infalibilidad del papa, cuando previamente un papa ha relativizado el valor y la infalibilidad de las doctrinas conciliares, tal como sucedió cuando, por ejemplo, en 1869 el papa Pío IX negó el valor la resolución del concilio de Vienne (siglo XIV), según la cual el embrión humano sólo podía considerarse como ser humano a partir del tercer mes, negando en consecuencia la infalibilidad del anterior papa al defender otra doctrina conciliar? Dicho de manera esquemática: Si un concilio puede llegar a conclusiones erróneas, la conclusión conciliar según la cual el papa es infalible cuando habla *ex cathedra* en materia de fe y costumbres, puede ser igualmente errónea. Por ello también, en cuanto la jerarquía católica defiende el dogma de la infalibilidad de los Concilios y el de la infalibilidad del Papa, y en cuanto el Concilio de Vienne y las declaraciones del Papa Pío IX en 1869 *se contradicen*, la jerarquía católica estaría proclamando como dogma de fe la verdad de tal contradicción, lo cual no contribuye mucho a la solución del problema, ya que, como dice la Lógica, a partir de una contradicción se deduce cualquier cosa, por lo que se podría deducir como consecuencia la negación de las doctrinas de Pío IX así como las del concilio de Vienne.

Precisamente esa misma contradicción entre ambas doctrinas de la secta católica, la del concilio de Vienne y la del papa Pío IX, es una demostración más del carácter arbitrario y convencional que tiene el señalar un momento exacto en el que, a partir de la unión de dos células sexuales, pueda hablarse de manera inequívoca de la presencia de un nuevo ser humano.

A pesar de estas consideraciones críticas, en consecuencia con el punto de vista de Pío IX y en contra del punto de vista del concilio de Vienne, la jerarquía católica actual considera que *el cigoto es ya un ser humano* y que, por ello mismo, el aborto voluntario en cualquier fase del embarazo es un asesinato, una de las manifestaciones de la “cultura de la muerte”, según expresión del papa Juan Pablo II.

Pero, en relación con los planteamientos de la jerarquía católica y al margen de la contradicción en que incurre, tiene interés considerar dos cuestiones:

En *primer lugar*, tiene interés reflexionar acerca del problema que plantea el aborto de un supuesto ser humano cuando se tiene en cuenta que, de acuerdo con el dogma de fe relacionado con “la vida eterna”, cualquier ser humano muerto antes de tener uso de razón va directamente al Cielo a gozar de la vida eterna. Ahora bien, teniendo en cuenta que, según las doctrinas de la Iglesia Católica, como consecuencia de morir en “pecado mortal” un ser humano incurre en “sentencia de eterna condenación”, en el caso de que uno creyese firmemente tal doctrina, ¿no sería un acto de auténtica caridad tratar de

evitar a los niños el gravísimo peligro de morir en pecado mortal y de ser castigados al fuego eterno, enviándolos por el contrario a gozar directamente de la Vida Eterna? Al fin y al cabo, ¿qué valor puede tener la *vida terrena* en comparación con la *vida eterna*? Ciertamente ninguno, por muy feliz que en ésta se pueda llegar a ser. Además, si se tiene en cuenta que, según dijo Jesús, “muchos son los llamados, pero pocos los escogidos”, ¿para qué asumir el riesgo de vivir esta vida terrena después de la cual uno podría ser finalmente condenado al fuego eterno? ¿No sería incomparablemente mejor y más seguro morir lo antes posible, siendo ya un “ser humano”, y gozar inmediatamente de la vida eterna, especialmente ahora que además el papa “ha suprimido” el “limbo” del que hasta no hace mucho se hablaba como del lugar al que iban los niños muertos sin haber sido bautizados? Estos razonamientos podrán parecer muy extravagantes y osados, pero ¿acaso son absurdos? Por lo menos no deberían parecerlo a todo aquél que de verdad creyese en esa supuesta vida eterna acompañada de ¡eterna felicidad!¹

Y, en *segundo lugar*, por lo que se refiere al trato dado a los niños, teniendo en cuenta la asombrosa diferencia existente entre la actuación de Yahvé en el *Antiguo Testamento* y la que los dirigentes de la secta católica dicen defender en la actualidad, es una contradicción que en el *Antiguo Testamento* el propio Yahvé -o diversos personajes bíblicos especialmente importantes- no tuviese inconveniente en asesinar cruelmente a cientos de miles de niños, no dejando a nadie con vida², sin que dieran la menor importancia a esas muertes –lo cual, sin embargo, sí era especialmente grave, ya que en aquellos momentos los escritores bíblicos creían en líneas generales que la vida terrena era la única de que disponíamos y que la muerte era definitiva, no imaginando la posibilidad de la existencia de una vida más allá de la muerte, por lo que dicha muerte aparecía en muchos casos como un final realmente trágico³ frente al enfoque actual de los dirigentes de la secta católica, que, a pesar de aceptar en teoría que el *Antiguo Testamento* es tan “palabra de Dios” como el *Nuevo*, dicen escandalizarse y condenan con furor el aborto de un pre-embrión o de un embrión, cuya realidad como ser huma-no

¹ Estos razonamientos son tan evidentemente irrefutables que sus conclusiones son aplicables no sólo a los embriones y a los fetos sino incluso a los niños que todavía *no tienen uso de razón*, y que, en consecuencia, no tendrían capacidad de pecar: La muerte de estos niños sería su garantía más absoluta de que iban a gozar de una vida de felicidad eterna, según los dogmas de la Iglesia Católica, mientras que el permitirles seguir viviendo equivaldría a lanzarlos a una aventura especialmente peligrosa que podría terminar fácilmente en la eterna condenación de tales niños, pues al hacerse mayores podrían pecar y morir en pecado mortal. Por ello, parece que o bien es el egoísmo o bien la falta de fe en tales dogmas lo que lleva a los teóricos creyentes a querer preservar la vida de los niños en lugar de enviarlos directamente al Cielo. Es una suerte para los niños que el amor y la fe de sus padres no llegue a tal extremo.

² Como ejemplos de la crueldad de Yahvé puede hacerse referencia a alguno de los numerosos pasajes en que ésta se manifiesta, tales como los siguientes:

a) “El Señor me dijo: [...] Les haré comer la carne de sus hijos y de sus hijas, y se devorarán unos a otros en la angustia del asedio y en la miseria a que los reducirán los enemigos que buscan matarles” (*Jeremías*, 19:1-9);

b) “Y pude oír lo que [el Dios de Israel] dijo a los otros:
-Recorred la ciudad detrás de él, matando sin compasión y sin piedad. Matad a viejos, jóvenes, doncellas, niños y mujeres, hasta exterminarlos” (*Ezequiel*, 9:5-6).

³ Una prueba evidente de esto es que Yahvé promete a quienes le son fieles una larga vida o una descendencia numerosa –como las arenas del mar-, pero no la vida eterna, hasta que a alguien se le ocurrió esa fantástica y atractiva idea y la fue plasmando en algunos escritos del *Antiguo Testamento* y en todos los del nuevo. En este sentido, se dice en *Jeremías*: “Como las estrellas del cielo que no pueden contarse, o como la arena del mar que no puede medirse, así multiplicaré yo la estirpe de mi siervo David y la de los levitas mis ministros” (*Jeremías*, 33:22).

no sólo es objeto de polémica por parte de los científicos sino que *fue negada incluso por la misma jerarquía católica* de otros tiempos.

Por ello, teniendo en cuenta esta valoración antitética de la vida terrena, la forma de actuar de los dirigentes católicos transmite la impresión de que en realidad *son ellos quienes en verdad no creen en esa “vida eterna” de la que tanto hablan*, como, de hecho, tampoco creían los autores de la mayor parte de libros del *Antiguo Testamento*, y que, por ello, parecen considerar de una gravedad extrema la interrupción de la vida terrena de esos seres humanos en formación, como si estuvieran convencidos de que no van a tener otra, a pesar de que, en el caso de que esos embriones todavía no fueran humanos, eso no les plantearía ningún problema de conciencia, y a pesar de que, en el caso de que lo fueran, se les estaría enviando a disfrutar de la vida celestial sin necesidad de pasar por los sufrimientos de “este valle de lágrimas” y por los peligros de caminar hacia su condenación eterna.

2.2. Por lo que se refiere a la *primera* cuestión, la que se relaciona con el contraste radical entre la absoluta crueldad con que en el *Antiguo Testamento* se muestra a Yahvé, matando despiadadamente a niños inocentes, y la actitud de la jerarquía católica, que manifiesta tanta preocupación por la vida de seres de los que ni siquiera puede demostrar que sean humanos, parece que lo único que podría concluirse es, en primer lugar, la paradoja de que mientras en los pasajes del *Antiguo Testamento* en que se considera que la muerte terrenal es una muerte definitiva, hay además por parte de Yahvé –o por parte de quienes escribieron estas salvajadas y la de quienes las han considerado “palabra de Dios”- un enorme desprecio contra esa vida terrena de mujeres y de niños, que no serían responsables de nada, en el *Nuevo Testamento*, donde ya se cree en una vida eterna, se defiende, sin embargo, el carácter sagrado e inviolable de la vida humana terrenal –en esos discutibles comienzos- como si en realidad no creyeran en aquella otra de carácter celestial, cuya existencia sería la única deseable.

En cualquier caso, tiene interés mostrar algunos pasajes de aquella “palabra de Dios”, en donde se muestra ese trato según el cual, si la vida terrena fuera sagrada, sería una contradicción que Dios hubiera ordenado tales asesinatos, que, efectivamente, aparecen en el *Antiguo Testamento*, ordenados directa o indirectamente por Yahvé –según los autores bíblicos- tal como puede comprobarse en los siguientes pasajes:

- a) “A media noche hizo morir el Señor a todos los primogénitos en Egipto, desde el primogénito del faraón, el heredero del trono, hasta el del que estaba preso en la cárcel”⁴.

En este pasaje hay que resaltar no sólo que Yahvé se guía por la ley del Talión, “ojo por ojo, diente por diente”, aunque adelantándose a la amenaza del faraón egipcio de matar a los primogénitos de Israel, y actuando además de un modo totalmente injusto, al hacer morir a toda una serie de personas que nada tenían que ver con las decisiones del faraón, y totalmente alejado de la más mínima piedad. Y, si Yahvé actúa de ese modo sin remordimiento de ninguna clase, sin consideración alguna por la vida de esas personas, ¿cómo los dirigentes de la Iglesia Católica aceptan a ese Dios como modelo de amor? ¿Cómo se atreven a condenar de manera tan hipócrita la interrupción de un embarazo en

⁴ *Éxodo*, 12:29.

sus primeras semanas como si se tratase del mayor de los crímenes? ¿cómo no se escandalizan de las acciones de su Dios?

b) “Samaría tendrá su castigo, por haberse rebelado contra su Dios. Serán pasados a filo de espada; *sus niños serán estrellados y reventadas sus mujeres encinta*”⁵.

Este pasaje es especialmente importante porque en él se expresa la brutalidad de Yahvé en su dimensión más cruel, refiriéndose al asesinato de niños y de fetos, pero con un lenguaje especialmente preciso y monstruoso al referirse tanto al asesinato de niños como al de los fetos, en cuanto sus madres *encinta serán reventadas*. Y, si Yahvé considera legítimos tales asesinatos, tan imposibles de calificar, ¿cómo podrían los dirigentes católicos criticar el aborto de un embrión y a la vez asumir como una “acción sagrada” la realizada por Yahvé contra la vida de esos niños y de esos fetos –así como la de sus madres- de un modo tan injusto y absurdo? ¿Qué explicación podrían dar para justificar la atrocidad de Yahvé y a la vez criticar la actitud de quienes simplemente deciden interrumpir un embarazo durante las primeras semanas de gestación.

c) “[Moisés les dijo] *Matad*, pues, *a todos los niños varones* y a todas las mujeres que hayan tenido relaciones sexuales con algún hombre”⁶.

Aquí es Moisés, en nombre de Yahvé, su Dios, quien ordena la muerte de niños inocentes y de mujeres. De nuevo, como en tantas ocasiones, lo único que les importa a Moisés y a los posteriores sacerdotes de Israel es mantener al pueblo “incontaminado”, mezclado con otros pueblos cuyos dioses pudieran representar un serio problema para su autoridad sobre su propio pueblo. Por ello, consideran preferible matar a niños y a mujeres inocentes, y no sienten piedad alguna por ellos. Yahvé es quien manda y Moisés es quien hace que el pueblo obedezca sus mandatos. La vida de quienes no siguen a Yahvé no tiene ninguna importancia, pues incluso puede ser un obstáculo para que el pueblo de Israel se mantenga fiel a Yahvé. Pero ahora los dirigentes de la Iglesia, seguidores de Yahvé, al que ahora llaman simplemente “Dios”, consideran un crimen monstruoso la interrupción del embarazo, al margen de que su prolongación ponga en serio peligro la vida de la madre y al margen de que el concilio de Vienne dijera que hasta cumplido el tercer mes de embarazo no hay vida humana en el ser que se está gestando en la mujer embarazada. Y así, si califican como un crimen monstruoso la interrupción de un embarazo durante esos primeros meses, ¿cómo deberían calificar los brutales crímenes de su Dios?

d) “Josué conquistó Maqedá y la pasó a cuchillo, consagrando al exterminio a su rey y a *todos sus habitantes* sin dejar ni uno”⁷.

Y aquí las hazañas de Josué, quien no se conforma con derrotar al pueblo de Maqedá, sino que, en nombre de Yahvé, elimina a todos sus habitantes, hombres, mujeres, ancianos y niños, a fin de que esa tierra, parte de la “tierra prometida”, quede libre y limpia para ser ocupada por el pueblo de Israel sin peligro de que sus habitantes puedan contaminar a Israel con sus propios dioses de manera que Israel deje de obedecer a los sacerdotes de Yahvé, desobedeciendo así al propio Yahvé, que es quien tras-mite dichas

⁵ Oseas, 14:1.

⁶ Números, 31:17. La cursiva es mía.

⁷ Josué, 10:28. La cursiva es mía.

órdenes, según los dirigentes de Israel. El fin justifica los medios. Guerra y asesinatos preventivos. Matar para evitar el peligro de sufrir algún daño por parte de quien pertenece a otro pueblo. Es una actitud puramente nazi, pero, como la realiza el pueblo de Yahvé obedeciendo las órdenes de sus dirigentes, tiene todo el derecho a realizarla. Se trata de crímenes sagrados. Los dirigentes de la Iglesia Católica nunca critican de estos crímenes. Para ellos lo malo es el aborto y los crímenes que cometan otros, no los que ellos y su Dios cometen.

e) “Entonces la asamblea envió doce mil hombres de los más valientes, con esta orden:

-Id y pasad a cuchillo a todos los habitantes de Yabés de Galaad, *incluidas mujeres y niños*”⁸.

De nuevo, crímenes similares al del pasaje anterior, pero remarcando de forma explícita que hay que matar a todos, *incluidas mujeres y niños*. ¡Y esa es la orden de la asamblea, que habla en nombre de Yahvé! ¡Ése es el Dios del amor, al que adora la jerarquía de la Iglesia Católica! ¡Un amor muy particular! Pero en ningún acto de la liturgia católica se mencionan esas admirables hazañas del pueblo de Israel, guiado por su Dios y obediente a él. ¿Por qué será? Y claro está, lo que Yahvé ordena es sagrado, aunque se trate de asesinatos. ¡Lo realmente grave es el aborto de un ser al que en el peor de los casos se le estaría enviando a gozar de la vida eterna! ¡Qué moral tan hipócrita!

f) “Así dice el Señor todopoderoso: He resuelto castigar a Amalec por lo que hizo a Israel, cerrándole el paso cuando subía de Egipto. Así que vete, castiga a Amalec y consagra al exterminio todas sus pertenencias sin piedad; mata hombres, mujeres, *muchachos y niños de pecho*, bueyes y ovejas, camellos y asnos”⁹.

¡Y siguen los crímenes en masa, como los de los nazis, pero adelantándose a ellos en más de dos mil quinientos años! ¡De nuevo la venganza como origen de una decisión así de criminal y sangrienta! ¡De nuevo la muerte de hombres, mujeres, *muchachos y niños de pecho*! Y aquí no es ninguna asamblea quien da la orden: ¡Es el propio Yahvé quien manda asesinar a muchachos y niños de pecho! Pero no hay que escandalizarse: Si lo manda Yahvé, él sabrá por qué lo hace. Hay que obedecer sus sagradas órdenes. *Dios lo quiere* y basta... Lo que no quiere son los abortos que él no haya ordenado. Y lo que él ordena lo hace a través de los sacerdotes de Israel o, ahora, a través de los dirigentes de la Iglesia Católica. Prohibido hacer nada que tales dirigentes no aprueben, pues ¡ellos son la voz de Dios! tanto para matar como para santificar a asesinos o para ser cómplice de sus gobiernos criminales, tanto para decidir qué está bien o qué está mal, o qué deja de estar bien y qué deja de estar mal. Pero todos los asesinatos cometidos por Yahvé son sagrados, pues él está por encima de toda norma moral, más allá del bien y del mal. Pero ¿es posible amar a ese Dios tan déspota? ¿Por qué habría que amarle? En realidad no hay motivo alguno para amarle sino sólo para obedecerle por el temor a sus represalias, pues a un Dios así se le puede temer, pero no amar. Quienes crearon a ese Dios en realidad no les importaba en absoluto que Israel, su pueblo, amase a ese Dios sino sólo que le obedeciese, pues de ese modo a quienes obedecían era a los sacerdotes diri-

⁸ *Jueces*, 21:10. La cursiva es mía.

⁹ 1 *Samuel*, 15:2-3. La cursiva es mía.

gentes de Israel. Yahvé y su brutalidad eran sólo la mentira urdida para atemorizar al pueblo y conseguir así su obediencia ciega. Por ello, la hipócrita actitud de sus seguidores actuales, tan comprensivos con los asesinatos de Yahvé cometidos contra hombres, mujeres, ancianos y niños, pero que se escandalizan ante el aborto de seres a quienes, en el caso de que fueran humanos, no se les privaría de la vida sino que se les enviaría a gozar de la felicidad eterna, es una simple comedia.

g) “Por eso, así dice el Señor [...] Yo los castigaré: sus jóvenes morirán a espada, *sus hijos y sus hijas morirán de hambre*”¹⁰.

Y sigue igual. Nuevos asesinatos guiados en el mejor de los casos por la ley del Talión, pero extendida a los hijos e hijas de aquéllos a quienes odia de manera especial. ¡Ése es el “Dios del amor” de los católicos, aunque ellos no lo sepan y sólo sus dirigentes sean concedores de sus hazañas y mantengan el secreto! Pero ni los israelitas ni los cristianos pueden calificar negativamente esos asesinatos, pues es su Dios, cuyo poder está por encima de todo, quien los decide. Lo sacrílego es el aborto de un ser que, según el parecer de la propia Iglesia Católica en otros momentos de su historia, ni siquiera es humano.

h) “El Señor me dijo: [...] *Les haré comer la carne de sus hijos y de sus hijas, y se devorarán unos a otros en la angustia del asedio y en la miseria a que los reducirán los enemigos que buscan matarles*”¹¹.

Más bestialidades de Yahvé, Dios de Israel y de la Iglesia Católica. Ya no se conforma con matar sanguinariamente. Ahora quiere disfrutar de un espectáculo caníbal especialmente refinado, pues ni siquiera se trata del canibalismo practicado contra los enemigos sino del canibalismo de padres comiéndose a sus hijos y a sus hijas. ¿Hacen falta más ejemplos para saber qué clase de Dios es ése al que los dirigentes católicos consideran como amor infinito? ¡Qué curioso resulta que los dirigentes católicos no pongan ningún reparo a las acciones de su Dios y, sin embargo, hagan la comedia de manifestar un horror extremo ante el aborto de una agrupación celular respecto a la cual otros dirigentes católicos proclamaron en el siglo XIV que todavía no podía considerarse humana! Y la verdad es que a los dirigentes de la Iglesia Católica el aborto en sí, aunque fuera de un ser humano, no les importa lo más mínimo. La prueba está en que ella misma se ha ocupado a lo largo de muchos siglos de perseguir y de *matar* a todo aquel que no estaba de acuerdo con sus ideas, aunque tampoco le importase qué ideas defendían los perseguidos, torturados y asesinados por su Santa Inquisición. Lo que le importaba era la defensa del monopolio de su sagrado negocio religioso, de manera que, si había herejes que podían ser un peligro y provocar cierta desintegración en su redil, intervenía o hacía intervenir a los gobiernos cómplices para hacer callar por las buenas o por las malas a tales elementos subversivos, quemándolos en una hoguera si consideraba que el peligro para su organización podía ser grave. Las vidas de esas personas no tenían ninguna importancia. Más bien había que enviarlas a Dios para que él las juzgase cuanto antes, y cuanto antes las enviase al fuego eterno. Ahora, si condena el aborto, no es por otro motivo que el de servirse de tal condena como arma ideológica

¹⁰ Jeremías, 11:21-22. La cursiva es mía.

¹¹ Jeremías, 19:1-9. La cursiva es mía.

para lanzarla contra los gobernantes que no se someten a sus exigencias de nuevos privilegios, de nuevas riquezas y de más poder dentro de la sociedad.

i) “Por eso, así dice el Señor: [...] Por tus prácticas idolátricas haré contigo lo que jamás he hecho ni volveré a hacer: *Los padres se comerán a sus hijos, y los hijos a sus padres*. Ejecutaré mi sentencia contra ti y esparciré a todos los vientos lo que quede de ti”¹².

Aquí es Ezequiel quien trata de superar a Jeremías a la hora de mostrarnos el brutal sadismo de Yahvé. En este momento el canibalismo asciende un peldaño más: Los padres se comen a sus hijos en muchas ocasiones, pero en otras son éstos quienes se comen a sus padres. Y, para mostrar hasta qué punto alcanza el infinito amor divino, añade Yahvé que *esparcirá a todos los vientos lo que quede de él*. Podría ser una bella muestra de amor, como la de quien esparce las cenizas de un padre, amante del mar, en medio de sus aguas. Muy poético, podría ser. Pero la intención de Yahvé no es ésa, sino la de machacar y desintegrar lo máximo posible las partículas que conformaban aquél hombre al que ha decidido matar. ¿Son esos actos un ejemplo a seguir por parte de sus hijos los hombres? Desde luego, comparado con las acciones de Yahvé, el aborto está a millones de años luz en cuanto a su categoría moral de bondad o maldad, pues, conocidas las acciones de Yahvé, ese Dios que luego será también el Dios de los católicos, resulta muy difícil decidir qué es lo bueno y qué es lo malo. Quizá nada importe nada, pues el actúa como un déspota y sólo busca satisfacer sus deseos sin importarla para nada el sufrimiento de aquellos sobre quienes recae su furia brutal. Y, si él es el modelo a seguir, habría que actuar del mismo modo. ¿A qué nos vienen sus obispos con las monsergas del bien y del mal cuando su Dios comete los crímenes más horribles sin importarle a quién asesina siempre que le apetece?

j) “Y pude oír lo que [el Dios de Israel] dijo a los otros:

-Recorred la ciudad detrás de él, *matando sin compasión y sin piedad*.”¹³.

Aquí parece que Yahvé quiere jugar con nosotros, pues ordena *matar sin compasión y sin piedad*. Los dirigentes católicos dicen que la compasión y la piedad son ejemplos de virtudes que en Dios se darían en un grado infinito y, sin embargo, es el propio Dios, cuando sólo se le presentaba como Dios de Israel, quien ordena *matar sin compasión y sin piedad*. Si alguien creía que los valores morales eran inmutables y eternos por emanar de la naturaleza inmutable de Dios, ahora puede librarse de su error, pues Dios, por su absoluto poder y libertad, cambia tales valores de acuerdo con su cambiante voluntad. Ahora la virtud consiste en la falta de compasión y en la falta de piedad. Sea lo que Dios quiera. Al parecer lo grave no es esto, lo escandaloso e imperdonable es el aborto, ése del que ni la jerarquía católica sabe cuándo se trata de un ser humano o cuándo se trata sólo de una agrupación celular todavía no humana. Pero ya conocemos las causas de las constantes contradicciones de los dirigentes católicos, así que no vale la pena repetir lo que ya se ha comentado en otros momentos.

k) “Oráculo contra Babilonia que Isaías, hijo de Amós, recibió en esta visión: [...] Haré que los cielos se estremezcan y la tierra se mueva de su sitio; [...] Al que encuentren lo atravesarán, al que agarren lo pasarán a espada. Delante de ellos

¹² *Ezequiel*, 5:8-10. La cursiva es mía.

¹³ *Ezequiel*, 9:5-6. La cursiva es mia.

*estrellarán a sus hijos, saquearán sus casas y violarán a sus mujeres. Pues yo incito contra ellos a los medos [...] sus arcos abatirán a los jóvenes, no se apiadarán del fruto de las entrañas ni se compadecerán de sus hijos*¹⁴.

En este último pasaje Isaías nos presenta a su Dios ordenando matanzas y violaciones. La absurda crueldad de Yahvé no se conforma con la simple muerte, sino que exige una muerte llena de brutalidad: “estrellarán a sus hijos [...] y violarán a sus mujeres”. Y, cuando el inspirado autor bíblico dice que el Señor incitará a los medos de forma que “no se apiadarán del fruto de las entrañas”, está llevando al extremo la absurda crueldad divina y su absoluta amoralidad, que ni siquiera se compadece de los recién nacidos o de los fetos (= “el fruto de las entrañas”)¹⁵. De nuevo la piedad es una debilidad que está de sobra. Y está de sobra igualmente el respeto por la mujer. Hay que violarla. Que se entere de quién tiene la fuerza. Al fin y al cabo ella es una simple cosa que en determinados momentos puede ser útil como juguete sexual antes de asesinarla.

¡Qué hipócrita y ridículo resulta ahora, en comparación con la bestialidad del Dios católico -cuando sólo era el Dios de Israel-, que los dirigentes de esta secta aparenten escandalizarse por los abortos de embriones que todavía están lejos de poseer vida humana, mientras que, al mismo tiempo, procuran ocultar las crueles barbaridades en las que se distraía su Dios, de acuerdo con tantos pasajes de la *Biblia* católica, ¡palabra de Dios!, según ellos mismos proclaman!

Aunque se trate de una cuestión hasta cierto punto marginal, tiene interés observar el carácter injusto, brutal, arbitrario, sanguinario y cruel de estas órdenes divinas¹⁶ en cuanto en muchas de ellos no sólo se ordena la muerte de mujeres y de niños sino que el autor de los correspondientes escritos se recrea en la descripción de la *crueldad divina* cuando *Yahvé exige pasar a cuchillo a todos los habitantes de una ciudad, incluyendo “mujeres y niños” sin dejar a nadie vivo*; en cuanto se ordena matar a “hombres, mujeres, muchachos y niños de pecho, bueyes y ovejas, camellos y asnos”, donde ese amor divino sólo resulta reconocible si se lo identifica con el odio más extremo; en cuanto se dice “les haré comer la carne de sus hijos y de sus hijas, y se devorarán unos a otros”, poniendo de manifiesto un goce patológico en la barbarie ordenada, pero también en su descripción, en cuanto se dice: “los padres se comerán a sus hijos, y los hijos a sus padres” con un sadismo y una crueldad increíbles, viniendo de un Dios del que posteriormente se dirá, ¡vaya sarcasmo!, que es “amor infinito”, y en cuanto se expone como una orden divina y con la mayor naturalidad: “al que encuentren lo atravesarán, al que agarren lo pasarán a espada. Delante de ellos *estrellarán a sus hijos, saquearán sus casas y violarán a sus mujeres*”, manifestando un sadismo extremo e inefable. Aquí nos encontramos de nuevo con la ira y la extrema crueldad divina, expresadas por el inspirado profeta Isaías, ¡palabra de Dios!

¹⁴ *Isaías*, 13:1-18. La cursiva es mía.

¹⁵ Cuando el traductor habla del fruto de las entrañas parece referirse al feto, pues una expresión similar es la que utiliza el ángel Gabriel cuando anuncia a María que concebirá a Jesús y le dice “bendito sea *el fruto de tu vientre*”.

¹⁶ Como es fácil comprender y se ha indicado en otro momento, es absurdo suponer que pudiera existir un Dios tan sanguinario, tan vengativo y tan asesino como el Dios de Israel. Sin embargo, el afán de los sacerdotes judíos por tener dominado a su pueblo mediante el terror debió de ser el motivo principal que les llevó a crear a un Yahvé inmensamente despótico y cruel, no sólo con los enemigos de su pueblo sino también con su propio pueblo.

Esta serie de crueldades y de matanzas no parecen obedecer a otro fin que el de conseguir que el pueblo de Israel llegase a hacerse dueño de aquella extensa región, “la tierra prometida”, aunque para ello debiera exterminar a sus habitantes, mujeres y niños, simplemente porque tal exterminio era una manera de proteger a Israel de cualquier contaminación religiosa procedente de esos otros pueblos, pero también de mostrarle que del mismo modo que Yahvé era capaz de las mayores atrocidades en beneficio de su pueblo, por lo mismo esperaba de su pueblo una obediencia incondicional y que nunca cometería el mayor delito de todos, el de olvidarle y adorar a otros dioses, pues Yahvé les había escogido sólo a ellos como su pueblo, y su pueblo debía serle fiel y mantener para siempre su obediencia y su alianza.

A través de la lectura de estos pasajes se muestra un contradictorio contraste entre la actuación de Yahvé, tan cruel y carente de compasión hacia aquellas gentes a las que ordena asesinar sin piedad despreciando el valor de sus vidas, y la actitud de la jerarquía católica actual que, pretendiendo ser portavoz de la voluntad de ese mismo Dios, dice escandalizarse ante la idea de un aborto, como si creyera que la muerte de un cigoto o de un embrión, considerados ya como “seres humanos” sin base científica de ningún tipo, representa una pérdida definitiva, como si no tuviera ninguna fe en su supervivencia en la vida eterna en el caso de que realmente tuvieran vida humana.

De hecho, la sospecha de esta falta de fe en la vida eterna por parte del clero en general se acrecienta cuando uno asiste a un funeral y escucha los teatrales sermones afligidos y apesadumbrados de los oficiantes como si lo que realmente creyeran fuera que el difunto hubiera muerto para siempre en lugar de haber pasado a una vida más plena en eterna unión con su Dios, tan lleno de amor (?).

3. Diálogo acerca del *aborto* entre un obispo y un ateo.

Por lo que se refiere a la *segunda cuestión*, parece efectivamente que, si la doctrina actual de la Jerarquía Católica fuera correcta al considerar que un cigoto fuera ya un ser humano, no tendría ningún sentido su preocupación por su continuidad vital “en este valle de lágrimas”, ya que su aparente muerte no sería otra cosa que un tránsito directo a la vida eterna para unirse definitivamente con Dios, vida en la que dicen creer los dirigentes católicos. Sin embargo, la realidad de lo que sucede en la práctica es muy contraria a estas consideraciones, de manera que los dirigentes de la secta católica suelen hablar escandalizados acerca del aborto e incluso, cuando offician un funeral de algún niño no manifiestan alegría alguna porque el niño “haya pasado a mejor vida”, sino que suelen manifestar con sus palabras y con sus gestos unos sentimientos de aflicción que no parecen nada compatibles con su teórica creencia en la vida eternamente feliz de que va a gozar ese niño a partir del momento de su “muerte aparente”.

Esta cuestión podría expresarse mediante un hipotético diálogo entre un obispo católico y un ateo, como podría ser el siguiente:

- Pero, ¿acaso no crees en la vida eterna? –podría preguntar el ateo que hubiera realizado las anteriores reflexiones.

-¿Cómo que no creo? ¡Pues claro que sí! –podría responder el obispo católico un tanto desconcertado y escandalizado.

-Entonces ¿por qué te preocupa el tema del aborto?

-¿Cómo que por qué me preocupa? ¡El aborto es un asesinato!

-Bueno. Eso me parece una afirmación precipitada, pues habría que averiguar primero si el cigoto, el embrión o el feto son seres humanos, o en qué casos sí y en qué casos no.

-Pues para mí no hay ningún problema. Tanto el cigoto como el embrión y el feto son seres humanos, y, en consecuencia, un aborto voluntario es un asesinato.

-Pero, vamos a ver: Si consideras que el mismo cigoto es ya un ser humano, desde el punto de vista de tu religión su aborto implicaría que desde ese momento comenzaría a gozar de la vida eterna. ¿Es así o no? Y, si es así, ¿no te parece que de ese modo se le estaría haciendo un enorme favor? ¿No te das cuenta de que así se le evitarían los peligros de la vida terrenal y los riesgos que ésta conlleva para su eterna salvación? No olvides que, según la doctrina de tu religión, ¡todos los niños que mueren van directos al Cielo! ¡Ni siquiera pasarían por el Limbo, que recientemente el papa declaró inexistente, ni por el Purgatorio! ¿No sería ése el mejor regalo que podría hacerse a esos supuestos seres humanos en el caso de que lo fueran de verdad?

-Pero, ¿cómo se te ocurre semejante monstruosidad? ¿quién te crees que eres para arrogarte el derecho de disponer de la vida de nadie? ¡La dignidad de la persona y de su vida está por encima de cualquier otra consideración!

-Ya sé que soy un simple ser humano como tú, y que, según tu religión, el aborto es inmoral, pero la verdad es que no entiendo por qué quienes creéis en una vida eterna calificáis de inmoral una acción como ésta, que no significa otra cosa que cambiar esta vida, tan llena de penalidades y de peligros, por esa otra que, según vosotros, implicaría una felicidad plena y definitiva. Piensa que, al menos desde vuestra religión, el aborto ni siquiera implica privar de la vida a nadie sino sólo cambiarle esta vida, llena de miseria, de dolor, de soledad, a la que ni siquiera puede llamarse vida, por la vida auténtica, por esa vida de plenitud absoluta que nunca termina, por la vida eterna en la que vosotros creéis. ¿Acaso no conoces el inspirado comienzo de un poema de una de vuestras “santas”, Teresa de Jesús, cuyo comienzo dice:

“Vivo sin vivir en mí
Y tan alta vida espero
Que *muero porque no muero*”?

¿No ves qué bien refleja esa ansia de morir por alcanzar la vida verdadera? ¿Qué otra cosa hace quien aborta, en el caso de que su aborto sea ya de un ser humano, sino proporcionar a ese ser humano una instantánea posesión definitiva de esa vida eterna a la que Teresa de Jesús tanto aspiraba?

-¿Pero cómo puedes hablar así? ¡No me lées con una simple poesía, por muy de Santa teresa que sea! ¡Sabes muy bien que el aborto es un asesinato y todo asesinato es inmoral!

-Eso de que sea inmoral podría caber en una ética atea como la mía, en cuanto no creamos en otra vida distinta de ésta, pero no entiendo cómo puede caber en la vuestra en cuanto, según parece, no creéis en la muerte, ya que consideráis que una vida viene seguida por la otra sin que exista un tiempo en el que se deje de existir, ya que decís que *el alma es inmortal*. ¿A qué viene, pues, tanto escándalo por colaborar en ese tránsito de una vida terrenal a la vida eterna, sabiendo además que de ese modo el supuesto ser humano abortado pasa a gozar de la vida eterna sin tener que sufrir los daños de ésta y, sobre todo, sin pasar por el riesgo de ser condenado al fuego eterno del Infierno, en

cuanto le libramos de la posibilidad de pecar? Supongamos que, como tú dices, la acción de privar de la vida a un feto fuera inmoral. Te insisto en la pregunta: Si con tal acción, consigo que ese supuesto ser humano, vaya directamente al Cielo, como afirman los dirigentes de vuestra religión, ¿no crees que le haría un favor impagable? Y además, ¿qué clase de inmoralidad habría en una acción así, cuando lo que se conseguiría con ella es la garantía más absoluta de su eterna salvación? ¿No crees que lo que digo es más que razonable?

-¡Lo que creo es que terminarás en un psiquiátrico si sigues rayándote la cabeza con esos absurdos razonamientos!

-¿Por qué dices que son absurdos? Te aseguro que, si yo tuviera la fe que tú dices tener, no me habría importado haber muerto como un simple aborto, pues a estas horas hace ya tiempo que estaría gozando de la “vida celestial” a la que todos los católicos decís aspirar, y no aquí, trabajando como un esclavo para poder alimentar a mis hijos.

- Pero, ¿cómo puedes hablar tan a la ligera de asesinatos como si fueran obras de caridad?! No puedo creer que estés hablando en serio.

-Pues la verdad es que el argumento que te he dado me parece que no tiene réplica. Pero, si no te parece suficiente, podría añadir a mi argumentación anterior que el ejemplo que tu Dios nos da, según los escritores de lo que vosotros llamáis “palabra de Dios”, sería más que suficiente para obrar de ese mismo modo. ¡Son tantas las ocasiones en que vuestro Dios mata por simple ira, por venganza irracional, por crueldad... que me asombra que os escandalicéis de un simple aborto y permanezcáis callados ante la barbarie inenarrable de vuestro Dios cuando mata a mujeres y niños, sin piedad alguna, y, por cierto, sin decir nada en absoluto que pueda hacer suponer que esos niños a quienes mata vayan a continuación a gozar de la vida eterna! Te repito que hablo en serio, aunque no estoy hablando de lo que yo creo sino de lo que implican las doctrinas que defiende tu religión. Y así, si yo creyera firmemente en esas doctrinas, te digo sinceramente que no sabría cómo refutar el argumento que te he expuesto.

-¡Pues yo tengo esas creencias y precisamente por ellas estoy seguro de que tu idea es una monstruosidad!

-Entiendo que la conclusión te parezca a simple vista algo monstruoso, pero creo igualmente que, si la ves así, es porque en esos momentos olvidas lo que antes te he dicho que sucede, al menos según vuestras doctrinas: que en realidad no hay muerte, que en realidad sólo existe un tránsito de una forma de vida miserable a una vida llena de felicidad. Y, por este motivo, no sé qué argumento podéis utilizar para refutar esta consecuencia que deriva de vuestras doctrinas acerca de “la otra vida”.

-¡Por favor! ¡No me digas que hablas en serio! ¡Al final voy a ser yo mismo quien llame a los loqueros para que se te lleven y no te dejen salir del psiquiátrico hasta que te hayan curado! ¡No puedo creer que hables en serio!

-¡Pues claro que hablo en serio! ¿Acaso puedes rebatir el argumento que te he expuesto?

-No veo ninguna dificultad: En cuanto es Dios quien da la vida, ningún ser humano tiene derecho a matar a otro. De hecho, en las tablas que entregó a Moisés decía: “No matarás”.

-De acuerdo. Pero me parece que tu Dios anduvo algo despistado al establecer tal prohibición.

-Me parece que aquí el único despistado y que no sabe lo que se dice eres tú. Así que, por favor, no me hagas perder la paciencia con tus absurdas ocurrencias.

-Bueno. Tal vez me he precipitado. Me explicaré mejor. Lo que he querido decir es que la prohibición de matar era tan innecesaria como la prohibición de volar al planeta Saturno.

-¡Vaya comparación más ridícula! ¿Qué quieres decir con ella?

-Pues lo que quiero decir es que del mismo modo que no tiene sentido prohibir aquello que de antemano sabemos que no podríamos hacer, aunque quisiéramos –como eso de ir volando hasta el planeta Saturno–, eso mismo es lo que sucede con la prohibición de matar, pues, al menos desde tu religión, no es posible matar a nadie y, por ello mismo, no tiene sentido la prohibición de matar.

-¡¿Cómo que no es posible matar a nadie?! ¿Y qué es lo que crees que sucede en las guerras? ¿Qué es lo que sucede cuando un terrorista pone una bomba en un mercado y deja sin vida a veinte o treinta personas?

-Sí, tienes razón. Es cierto que en esos casos hablamos de muertes y de asesinatos. Pero lo que yo quería es que profundizáramos un poco más en el significado o significados que en el fondo damos a palabras como “matar” y “muerte”, aunque en principio nos parezcan claros.

-¿Acaso tienes alguna duda sobre el significado de unos términos tan precisos?

-Ya sé que en principio parece que todos utilizamos y entendemos esas palabras en un mismo sentido. Sin embargo, en el fondo existe una diferencia muy importante, a pesar de que en general todos nos olvidemos de ella.

-¿Qué diferencia puede haber? Matar es matar, y no hay que darle más vueltas. Matar es acabar con la vida de algún ser que anteriormente la tenía. Así de sencillo.

-Así es como yo lo entiendo. Pero creo que tú misma religión es un buen ejemplo de que en el fondo esta manera de percibir la muerte no se corresponde con lo que todos pensamos acerca de ella, entendida como cese de la vida.

-A ver si te aclaras, pues no veo que estemos avanzando nada.

-Te lo voy a explicar con claridad, pues no es difícil de entender.

-Comienza. Soy todo oídos. A ver por dónde me sales ahora.

-Comienzo mi explicación. Hemos quedado de acuerdo en que todo el mundo entiende la muerte como el cese de la vida. ¿Lo recuerdas?

-Sí, claro que lo recuerdo. Y me parece una definición correcta y suficiente.

-A mí me parece correcta hasta cierto punto, pues en realidad, aunque parezca que todo el mundo la entiende así, quienes creen en la vida eterna, tal como vosotros decís creer, parece al menos que no son coherentes con tal definición.

-¿Qué quieres decir? ¿Por qué dices que no somos coherentes?

-No sois coherentes porque en cuanto consideráis que después de esta vida existe otra que nunca termina, no deberíais aceptar que la muerte fuera el cese definitivo de la vida.

-No me vengas con cuentos. Lo que dices no aclara nada que no supiéramos. La muerte sigue siendo el cese de la vida.

-No sé si no me he explicado bien, pero lo que quiero decir es que según las doctrinas de la Iglesia Católica la *muerte* habría que definirla como el *tránsito* de la vida terrenal a otra vida, mejor o peor, según vuestro Dios conceda a quien muere la bienaventuranza eterna o le castigue el fuego eterno del Infierno.

-Bien. Esa matización tiene sentido, pero ya sabes que la gente asocia la idea de la muerte con el fin de la vida, aunque sólo se trate de la vida terrenal, al margen de que crean o no en la existencia de otra vida.

-Si estás de acuerdo con mi matización, relacionada con las doctrinas de religiones como la tuya, podemos continuar. ¿Te parece bien?

-Bien. Veamos a dónde quieres llegar.

-Pues es muy sencillo. Lo que deriva de la matización anterior, al menos para los cristianos en general, es que –como antes te he dicho- la prohibición de matar sólo tiene sentido cuando se entiende el concepto de muerte en el sentido de “tránsito de una vida a la otra”, ya que la muerte como “cese de la vida” no tiene sentido para un cristiano, a no ser que se aplique a seres realmente mortales, como cualquier otro ser vivo exceptuado el hombre.

-Ya te he dicho que en ese punto estaba de acuerdo contigo. Lo que sigo sin entender es que tiene que ver eso con el problema del aborto.

-Pues tiene que ver y mucho, como podrás entender enseguida.

-Ya me explicarás...

-Lo que quiero decir es que aquí los creyentes en “un más allá” os enfrentáis a un dilema moral entre obedecer lo que consideráis una orden divina, como la de no matar, entendiendo “matar” en el sentido de provocar el tránsito de una vida terrenal a la otra forma de vida, la vida eterna, o desobedecerla en cuanto uno podría defender el aborto, al considerar que tal acción era buena en cuanto garantizaba que la muerte de un embrión o de un feto –o incluso la de un niño pequeño- iría seguida de su tránsito seguro a la plenitud de una vida eternamente feliz.

-Aquí no hay dilema de ninguna clase: Las órdenes de Dios son sagradas y hay que respetarlas por encima de todo. Así que no hay más que hablar.

-No estoy de acuerdo. Hay un dilema en cuanto existen dos opciones excluyentes: la de obedecer a Dios, permitiendo que ese feto supuestamente humano nazca y viva a lo largo de una vida terrena, o la de desobedecerle, librando a ese feto, supuestamente humano, del peligro de ir al Infierno, donde al parecer van la mayoría de los humanos, pues, según dice Jesús, “muchos son los llamados, pero pocos los escogidos”.

-No trates de liarme con tus sofismas. ¡Nuestra conducta debe guiarse por las órdenes divinas y no por la primera ocurrencia que a uno le venga!

-Si todo fuera tan claro como a ti te lo parece, nuestras decisiones serían igual de sencillas. Se trataría simplemente de saber qué es lo que Dios nos manda en cada momento y, a continuación, obedecer como autómatas.

-Pues sí. Ni más ni menos.

-Pero, ¿no te parece que eso implicaría renunciar a nuestra propia racionalidad como cualidad que debe servirnos en todo momento para reflexionar acerca de qué acción es la que debemos realizar en cada momento?

-No estoy de acuerdo. Dios es la Razón. Recuerda el comienzo del evangelio de san Juan: “En el principio existía la Razón... y Dios era la Razón”. ¡Por ello, no es tu razón, sino la razón divina la que debe orientar tus acciones en todo momento!

-Aunque yo creyese en tu Dios o en algún otro, siempre debería reflexionar antes de actuar para sentirme responsable de mis actos o por lo menos hasta que me sintiera seguro de que las órdenes supuestamente divinas realmente lo eran. Por ello creo que en general el punto de partida de mis acciones debe depender siempre de mi propia razón y

no debo renunciar a ella, aceptando que mis actos sean dirigidos por las órdenes y por las razones de otro.

-¡Todo debe estar subordinado a la voluntad de quien es en realidad la razón absoluta, el propio Dios!

-Lo que pretendo decirte es que, aunque lo que dices fuera aceptable si ese Dios del que hablas existiera, eso no me libraría de tener que reflexionar y decidir qué hacer desde mi propia racionalidad, aunque pudiera equivocarme.

-Pero, si nuestro Dios se identifica con la Razón, como dice el comienzo del evangelio de *Juan*, no creo que haya mucho que reflexionar a la hora de cumplir o no con los preceptos de Dios.

-¡Qué fácilmente resuelves el problema! Dices que hay que obedecer a tu Dios porque él se identifica con la Razón. Sin embargo, al hablar de tu Dios, no demuestras que exista sino que sólo lo afirmas basándote en lo que dice un libro, la *Biblia*, y en argumentos como los utilizados por Tomás de Aquino, que no demuestran nada.

-Tengo mi propia fe en la que me apoyo para estar seguro, y esa fe me basta.

-Pero sabes que la fe implica afirmar como verdad algo de lo que no sabes que lo sea. Entonces, ¿qué valor puede tener esa fe para dirigir tus actos?

-Para ti es posible que ninguno, pero para mí lo es todo.

-No voy a discutirte ahora nada sobre esa cuestión, pues no quiero alejarme del tema que estamos tratando. Sólo quiero que comprendas que todas las decisiones que tomamos deberían estar guiadas, al menos inicialmente, por la razón como “punto de partida”, incluso el asentimiento a esa fe que dices tener. Y, por ello, tu Dios no puede representar esa “base inamovible” que me permita dejar de pensar por mí mismo para obedecer las órdenes que vosotros pretendáis dar en su nombre.

-Me parece que te estás pasando con ese racionalismo tan exagerado.

-Para no desviarnos del tema principal, dejaré la cuestión de hasta qué punto hay que guiarse por la razón, aunque para responder a tal cuestión no veo que pudieras hacerlo de otro modo que mediante la razón. Pero, si te parece bien, volvamos al problema del que estábamos hablando.

-No tengo inconveniente.

-Pues verás. Tú dices que el aborto es una forma de matar, es decir, una forma de privar a un ser humano de su vida. ¿Es así?

-Sí. Eso es lo que digo.

-Pues, bien, aquí es donde comienza nuestro desacuerdo, pues, según las doctrinas de tu religión, en ningún caso el ser humano puede privar de la vida a ningún otro ser humano, ya que, según vuestras creencias, lo que sucede es que hay una vida terrena, que es limitada y que termina con eso que todos llamamos “muerte”. Pero, como también proclamáis que hay otra vida, que es continuidad de la primera y que comienza justo en el momento en que la anterior finaliza, no veo que tenga sentido que habléis de la muerte como cese definitivo de la vida, pues desde vuestro punto de vista lo que nosotros los ateos llamamos “muerte” para vosotros es sólo un *tránsito* de una forma de vida a otra, a la del Cielo o a la del Infierno. Ahora bien, mientras “matar” a un adulto puede implicar esa doble posibilidad de que su vida continúe en el Cielo o en el Infierno, en el caso de los niños pequeños y en el de los seres que todavía se encuentran en el útero materno, su “muerte” sólo implicaría su tránsito definitivo a una vida eterna y feliz, al menos según vuestras doctrinas.

-No hace falta que me enseñes qué dice mi religión. Dime a dónde quieres llegar con ese preámbulo.

-Pues está muy claro. Lo que mi razón me dice es que, siguiendo los principios anteriores de vuestra religión, en el caso de los niños pequeños y de los todavía no nacidos la muerte sólo significa un tránsito desde esta vida, desde “este valle de lágrimas” –como dice una oración vuestra- al Cielo, a la bienaventuranza eterna.

-En efecto, así lo vemos nosotros.

-Pues en tal caso, si eso es así, quisiera preguntarte qué problema habría en aceptar el aborto, sabiendo que, aunque el ser abortado fuera humano o precisamente por ello, dicho ser iba a disfrutar inmediatamente de la vida eterna en el Cielo.

-¡No me vengas con esos cuentos, por favor! Es verdad que nuestra religión dice que hay otra vida y que todos los niños pequeños y los no nacidos van al Cielo, pero también dice “No matarás”. Así que no pretendas poner tu razonamiento por encima de la ley divina: Las órdenes de Dios son sagradas y tú no eres quien para interferir en sus planes segando una vida humana. ¿No has pensado en que tu acción podría significar tu propia condenación por haber actuado en contra del mandamiento de no matar?

-Lo he pensado, pero creo que en realidad y de acuerdo con vuestras doctrinas morales podría estar tranquilo.

-¿Tranquilo desobedeciendo a conciencia la voluntad divina?

-Ya sé que en principio mis palabras pueden parecer aberrantes. Sin embargo, no me negarás que incluso desde vuestra moral se acepta como correcto que uno actúe de acuerdo con su propia conciencia.

-En efecto, así es. Pero no entiendo que tu conciencia pueda decirte que actúes en contra de un mandato divino.

-Pues trataré de explicártelo. Suponiendo que yo creyese en tu religión, mi conciencia me dice que asegurar la vida eterna de un niño sería moralmente mejor que lanzarlo a la aventura de ésta vida, ya que significaría librarlo del peligro de la condenación, mientras que abandonarlo a esta vida terrena, en realidad sería un crimen, pues podría morir en pecado y ser condenado al fuego eterno por vuestro Dios.

-Pero, ¿cómo puedes tener la soberbia de pretender convertirte en un Dios para disponer de la vida de otros?

-Yo no pretendo sustituir a tu Dios ni causar ningún daño a ese presunto niño, sino todo lo contrario, pues la probabilidad de que ese niño o ese embrión fuera a parar al Infierno en el caso de que tuviera que vivir esta vida terrenal no sería precisamente pequeña sino todo lo contrario. Así que, insisto, desde la perspectiva de vuestra religión, ¿no crees que a ese niño le estaría haciendo un bien incalculable al evitarle tener que jugar a la siniestra lotería que implica esta vida?

-¡Déjate de tonterías y no me vengas con argumentos absurdos!

-Vale, te dejo. Veo que te estás poniendo nervioso. Pero ten en cuenta que lo único que he hecho ha sido extraer las conclusiones que se deducen de vuestras doctrinas. Y por eso mismo y aunque te parezca una idea de locos, considero que la decisión de abortar debería considerarse como la auténticamente congruente con ellas, pues, aunque parezca una paradoja, el aborto sería la única manera de garantizar la vida y la eterna felicidad de ese ser.

-¡¡Déjame ya en paz!! ¡¡Estás totalmente loco!!

-Pues a mí me parece que vosotros actuáis como esquizofrénicos, pues decís que, cuando un niño muere, va directamente al Cielo, pero al mismo tiempo os enfrentáis a la muerte con ceremonias tétricas y sombrías, como si aquello en lo que realmente creyeráis fuera en la muerte definitiva y absoluta de ese niño.

Seguramente el diálogo podría terminar así, pues ni la razón proporciona creencias ni la fe proporciona razones, por lo que sería un dialogo inútil mientras el católico quisiera imponer sus creencias de manera irracional y mientras el ateo se empeñase en seguir razonando con el obispo católico en lugar de asumir ciegamente sus creencias.

No obstante, parece que en el fondo muchos de los dirigentes de la Iglesia Católica no creen en la vida eterna de la que tanto hablan, tanto por su actitud tan irracional ante el aborto como por la aparente desolación y tristeza con que realizan sus ritos funerarios, como si el difunto hubiera muerto definitivamente en lugar de haber pasado a mejor vida. Es totalmente insólito ver a algún cura sonriendo lleno de satisfacción en el entierro de un niño pequeño, a pesar de que debería estar contento y felicitar a sus padres por tener en el Cielo, fuera de cualquier peligro, a ese niño al que tanto quieren. Y los mismos padres, en cuanto fueran auténticos católicos, deberían igualmente sentirse satisfechos y felices en la misma medida en que creyesen en la vida eterna, a pesar de que fuera comprensible que sintiesen cierta pena por no contar con la presencia física de ese niño sonriente que tan felices les hacía estando a su lado.

4. Conclusión acerca del aborto.

En definitiva, asumiendo que la doctrina de la Jerarquía Católica fuera verdadera y que, después de la muerte terrenal, cigotos, embriones, fetos y niños fueran al Cielo, en tal caso no habría justificación alguna para la crítica del aborto, pues, por mucho que a simple vista esta defensa del aborto pueda parecer el argumento de un loco, la supuesta muerte de tales seres no sería una muerte real sino sólo el “tránsito” desde su vida terrena, tan llena de peligros, a la vida celestial eterna de que hablan los dirigentes católicos. Y así, con su crítica al aborto, parece que la jerarquía católica sea más escéptica acerca de la existencia de esa vida eterna que el más escéptico de todos los ateos.